

PARTICIPARTE: RELATO
FLAMENCO 5

TÍTULO: Vivir del aire

SEUDÓNIMO: Elegancia

CATEGORÍA: Relatos flamencos



Relato: *Vivir del aire*

Pseudónimo: *Elegancia*

Ahora más que nunca, los flamencos vivimos en una situación precaria. Cuando, tras las sucesivas pandemias que se sucedieron en la década anterior, desaparecieron la casi totalidad de los tablaos, y gradualmente fueron acabando también con los conciertos, los del gremio nos vimos de repente con una mano delante y otra detrás y sin nadie que nos ayudara, y así seguimos. Cobrando en negro y sin ningún gobierno o institución que nos ampare, obligados casi todos nosotros a tener otros oficios con los que subsistir y a cantar y bailar para fiestas privadas, bodas o eventos. Nos enfrentamos continuamente a los que no programan flamenco porque “eso a la gente ya no le gusta” o a los que quieren que les facturemos las actuaciones pero pagando lo mismo que si no las facturásemos, y ese es nuestro pan de cada día. Nuestra ausencia de pan, de hecho. Los flamencos de antaño podían permitirse vivir del aire, pero es que ahora el aire nos lo han puesto más caro que nunca.

Yo tenía cincuenta y cuatro años por entonces, no era ningún chaval, y la oferta de cantar toda una madrugada en una sala rociera por cuarenta euros y descuento en copas había dejado de parecerme divertida hacía ya mucho tiempo, pero aun así lo hacía porque no soportaba la idea de darme por vencido, de asumir que nunca iba a vivir del flamenco, que era mi pasión. En realidad, vivía a duras penas con trabajos esporádicos como repartidor del Burriquín, una empresa de burritos y comida mexicana a domicilio, y hacía algunas chapuzas en fontanería y electricidad, y así iba tirando. Aceptaba cualquier trabajo en el que pudiera cantar, porque así me creía, en cierto modo, que era cantaor. Es esa baza la que juegan siempre con los artistas; que nuestro afán por vivir de lo que nos gusta es tan grande que haremos lo que sea por seguir intentándolo. Lo mismo que hace

mágico nuestro oficio es lo que algunas veces lo hace horrible; que nos encanta hacerlo, y se aprovechan de ello. Porque, si yo rechazaba cantar rumbas y sevillanas en una fiesta por veinte euros la hora, detrás de mí iban a aparecer diez o doce que aceptaran hacerlo gratis. Porque el simple hecho de hacerlo nos llena más que el dinero. Y eso es una suerte que a veces se vuelve una desgracia.

Conocí a Miranda Cabrera en un reparto en su ático en la calle Serrano. Ella estaba sola en casa, me dijo que pasara, que me había oído canturrear por bulerías subiendo las escaleras. Resultó que ella era guitarrista. Debía de tener menos de treinta años, para mí era una cría, pero tenía la mirada más madura y serena que hubiera visto nunca. Diría que miraba incluso desafiante. Su manera de fijarme la vista me incomodaba, me hacía sentir tímido y apocado como cuando tenía quince años y aún no había probado las mieles del amor. Vestía de andar por casa, con una camiseta de tirantes y un pantalón corto que hacía que se le marcaran todas las formas, que se le adivinara todo, tenía un cuerpo esbelto y perfecto y me invitó a sentarme a su lado y yo hice caso a la primera, hipnotizado, obnubilado, sin saber siquiera lo que estaba haciendo. Sacó la guitarra y tocó unas cuantas falsetas por siguiiriya. Hacía tiempo que no había escuchado nada tan flamenco y a la vez tan original, era como si hubiera redescubierto alguna escuela que yo no hubiera escuchado, se parecía al Niño Ricardo, a Montoya, y a la vez no, había conseguido ese complicado equilibrio entre tener personalidad y recordar a los ancestros que en nuestro arte se estaba haciendo cada vez más imposible. Lo más curioso es que ella no parecía para nada flamenca; tenía el pelo castaño, casi rubio, rizado en bucles, los ojos y la piel clara, y los ademanes de una chica de barrio de bien, de clase acomodada, donde no se pasan fatigas ni quebrantos. Según pude saber después, su familia no tenía nada que ver con el flamenco. Absolutamente nada que ver.

- ¿Dónde has aprendido a tocar así? - le pregunté.

- Internet. - respondió, mascullando la palabra como si yo fuera tan viejo como para no comprenderla.

No era flamenca en el sentido tradicional, pero sí lo era de una manera general, como forma de ser. Era retadora y carismática, y su sola presencia hacía que vibrase la habitación. Era arrebatadora. No podía dejar de mirarla, me sentía intranquilo como cuando aparece en escena una persona cuya aprobación es importante, alguien a quien quieres contentar. Por suerte, aquella forma de sentirme violentado no me echó atrás a la hora de cantar, mis propios nervios hicieron que le cantase por siguiriyas con más brío, atento y alerta como si estuviese a punto de suceder algún peligro. Así es el flamenco, siempre como si estuviese a punto de ocurrir algo malo. O como si acabase de ocurrir.

Terminé de cantar realmente alterado, su toque era hiriente, sacudía los huesos. Clavaba los rasgueos o los remates justo cuando más daño hacían. Cantar con ella acompañándote era como pelearse a muerte. Parecía que acabáramos de viajar cien años hacia atrás en el tiempo. Me dije a mí mismo que por vivir algo así merecía la pena la incertidumbre, la precariedad y todo. Y ese era el problema de los flamencos, que, como nos merecía la pena, seguíamos aceptando las condiciones que aceptábamos. Eso y que no teníamos otra opción.

Cuando acabé y me di cuenta de que me estaba observando, volvió a invadirme la vergüenza. Había estado mirándome fijamente durante todo el cante, pero ahí no me había percatado en medio de la vehemencia que nos envolvía. Había guitarristas que eran tan tímidos que no miraban al cantaor ni un segundo mientras le acompañaban. Otros no eran tan tímidos, pero hacían cosas tan complicadas con la guitarra que tenían que mirarse las manos. Miranda, en cambio, daba notas sencillas y rotundas, adornos y quiebros que

parecían hechos para mí, para mi voz, para mis intenciones con el cante. Y no dejaba de mirar cuando acompañaba. En realidad, no dejaba de mirar nunca. Sus ojos se me clavaron bien dentro. Era extraño, porque en ese momento habría hecho cualquier cosa para que dejara de mirarme, y a la vez habría hecho cualquier cosa para que no dejara de mirarme nunca.

- Cantas bien. - apuntó. - ¿Te dedicas a esto?

- No del todo. - contesté a su demoledora pregunta.

- ¿Y qué haces?

- Reparto. - le señalé la comida.

- No creo que yo sola pueda con todo eso. ¿Comemos juntos?

- Claro. - me pareció la idea más maravillosa del mundo.

- ¿Se te da bien hacer los repartos? Con el mío has llegado a tiempo. - curiosa pregunta y curiosa reflexión.

- Sí. Supongo que sí.

- Se me ocurre que podrías hacer otro tipo de repartos.

Y así fue como me convertí en una de las mulas de Ignacio Cabrera, el padre de Miranda y uno de los más importantes traficantes de droga de España y de Europa. Las mulas son esas personas que transportan paquetes de droga, a veces voluntariamente y a veces no tanto. A algunos les dan el cambiazo en las maletas en el aeropuerto, a otros les engañan sobre la mercancía que están moviendo de un lugar a otro. A mí Miranda me dijo la verdad desde el principio. Me dijo que sólo tenía que cargar paquetes de droga en el coche, dejarlos donde me dijeran, y que me iba a llevar una pasta por eso. Yo nunca habría aceptado algo así, pero lo acepté porque me lo pidió ella.

No pasó mucho tiempo hasta que ella y yo nos acostamos por primera vez. Había tanta tensión entre nosotros, desde el primer día, que era evidente que aquello iba a ocurrir. En fin, para mí no fue evidente, pero tiempo después, mirándolo con perspectiva, creo que sí que era evidente. Seguro que para ella sí lo fue. Ella parecía saberlo todo, no tenerle miedo a nada, no sentirse achicada por nada. Yo le doblaba la edad y se suponía que debía ser el más experto y el más maduro en esa relación, pero era ella la que llevaba las riendas. Lo que quería lo tomaba, lo que no sabía lo preguntaba, y lo que le molestaba lo decía. Parecía una conducta arriesgada o aventurera, pero en realidad era la conducta más sana y equilibrada del mundo. Pese a sus formas tan directas y a veces incómodas, era una buena persona. Cariñosa y amable cuando la conocías, inteligente y sensible. Y podría haber sido una gran guitarrista, una de las mejores, pero no quiso. Prefirió vivir del aire, ya que todavía se podía. Y yo la acompañé en su decisión.

Fue una de las veces en las que llevé un cargamento a un pueblo costero de Málaga, a las afueras. Tenía que dejar el coche en frente de un restaurante, dejarle la llave puesta, ausentarme alrededor de media hora, regresar y llevarme el coche, que entonces estaría vacío. Cuando salí del coche, me encontré con unos gitanos que estaban cantando por alegrías. El olor a sal y el viento y ese metal de sus voces que me llevaba al flamenco de los nacidos cerca del mar, a Camarón, a Mercé y a Duquende, me hizo acudir a ellos como a la llamada de la naturaleza, me puse a su lado y no tuve ni que presentarme, me canté una letrita allí mismo y todos me aceptaron de buena gana en su grupo, y estuvimos así, a gusto, recordando a los viejos y a los nuevos maestros durante un tiempo que se me antojó como un minuto. Sin embargo, fue bastante más de un minuto.

Cuando volví, el coche no estaba. Había estado cantando y bebiendo cuatro horas con aquellos gitanos; por alegrías, tangos y bulerías, sin parar. Y el maldito coche no

estaba en su sitio. O se lo habían llevado los mismos con los que había tenido el trato, o me lo había robado después algún mangante, o yo qué sabía. Empecé a sospechar de los gitanos que habían estado cantando conmigo. Pero ellos no sabían nada de mi coche, estaban cantando antes de que no llegara. De hecho, seguían ahí, cantando, como si nada. Me di cuenta de que estaba totalmente perdido. No tenía de quién recelar ni por qué. Sólo esperaba que los que tenían que recoger el cargamento lo hubieran recogido, que el coche se lo hubiera llevado un maleante cualquiera. Sentí miedo. Ya andaba en ese trabajo siempre asustado, no me gustaba nada lo que hacía y siempre me preocupaba más de la cuenta, en el fondo lo que me aterraba era que pasase algo como aquello, y había ocurrido. ¿Debía llamar a Ignacio? ¿A alguno de los suyos? Decidí llamar primero a Miranda.

El tono de llamada de su móvil, inconfundible, “Abrázame”, de El Torta, sonó en la misma terraza del bar en el que antes estaba el coche. Es decir, sonó a menos de diez metros de mí. Miranda estaba en Málaga. Estaba a mi lado.

- ¿Qué haces aquí? - quise saber.

No entendía qué diablos estaba ocurriendo, qué pintaba ella en todo lo del robo. La cabeza no me daba para pensar tan rápido, estaba confuso y no sabía qué pensar de ella. Se levantó y fue hacia mí rápidamente.

- Vámonos. - me instó.

Sacó las llaves del coche, apuntó y lo abrió. Estaba en la otra esquina de la calle.

- ¿Te has llevado el coche?

- Sí.

- Me has dado un susto de muerte, ¿por qué has hecho eso? ¿Qué haces aquí en Málaga?

- Liberarte. - me dijo. - Le he vendido todo a la gente de Domínguez.

- Domínguez no es de los nuestros.
- No. Pero me he sacado unos trescientos mil.
- ¿Le acabas de robar a tu propio padre?
- Exacto.

Estaba tan guapa con su vaquero corto, con su bikini rosa por encima, las gafas del sol y el pelo reluciente, brillaba con una luz y reflejaba con un poder y una seguridad tales que pensé que haría lo que ella dijera, le robaríamos al narco y nos enfrentaríamos a quién fuese, juntos podríamos con todo.

- ¿Y qué vamos a hacer ahora? - le pregunté.

- Fugarnos. - respondió sin dudar. - Tengo unos amigos gitanos en Perpiñán que cantan y bailan flamenco. Tenemos como para comprar dos pisos y vivir en uno de ellos del alquiler del otro. Con trescientos mil euros la vida está asegurada para siempre, pero la gente como mi padre no sabe parar, su ambición es desmedida, no disfrutan de lo que les brinda el mundo, sólo disfrutan de la conquista, no del momento.

- ¿Vamos a ir a Perpiñán?

- Cariño, sé que tú no quieres vivir así, como hasta ahora. Siendo mula de los traficantes y cantando lo que te piden los ricos por una miseria. Yo sé que tú quieres cantar flamenco, que quieres ser libre, vivir haciendo tu arte y lo que te hace feliz. Yo sé que estabas estancado, que no te atrevías a dar un paso en una dirección ni en otra. Yo te ofrezco la playa y el sol y decir adiós a tus preocupaciones, que nadie cuestione tu dignidad y que nadie compre tu alma. Y yo sé que tú has querido siempre lo que yo te ofrezco, y ahora podemos tenerlo.

Llevaba razón.

Resultó que el grupo de gitanos de Málaga que me habían distraído cantando y tocando eran amigos suyos a los que les había pedido ponerse ahí expresamente para que yo cayese en la trampa. Mientras lo hacía, ella se llevó el coche y le vendió todo al rival de su padre. Llevaba esperando una ocasión como esa meses.

- ¿Tu padre no va a hacer nada al respecto?

- A nosotros no, desde luego. Soy su hijita. Y a la vez soy la gran molestia, la niña que decidió ponerse a tocar la guitarra y malgastar su futuro, ¿entiendes? Para él yo soy a la vez lo que más quiere y a la vez un estorbo. La solución perfecta se le presenta con la siguiente combinación; que yo sea feliz, y que esté lejos. Y es exactamente lo que voy a hacer. Y si tú te vienes, pues ya somos dos.

- De acuerdo entonces. - acepté. - Ya somos dos.

Durante el viaje de ida a Perpiñán temí y me ilusioné a partes iguales. Confiaba en Miranda pero a la vez seguía pensando que su padre podía llegar a tomar represalias con nosotros. Esa extraña mezcla de temor y de entusiasmo me hacía cantar con más impredecibilidad que nunca, tuve en aquellos meses una manera de cantar muy flamenca, muy espontánea, sujeta a las emociones del momento, arbitraria, visceral. Volcaba en el cante todas mis dudas, mis reservas y mis preocupaciones y las convertía en una pura llamarada. Con el paso del tiempo me di cuenta de que allí no íbamos a tener ningún problema y fui siendo cada vez más feliz y menos trágico en mi cante. Perdí nervio, pero gané categoría. Me estaba haciendo definitivamente mayor. ¿Me convertía eso en un maestro flamenco? En Perpiñán me tenían en consideración como tal. Desde luego, había vivido mucho y había aprendido mucho de mis emociones. Eso, dicho menos fino, es a lo que llaman “pasar fatigas”. A aprender de todas las emociones diversas. Y ahora que llegaba a la etapa más madura y serena de mi vida, había llegado a discernir lo que era

importante de lo que no, a entenderme y a aceptarme a mí mismo. ¿Sería eso a lo que llamaban “cantar con peso”? Miranda seguía siendo fuego y entrañas, y aunque tocaba y vivía con la solidez y la seguridad de los viejos, necesitaba aún vivir más. Acabamos separándonos, ella se marchó a Toulouse y siguió tocando flamenco, aunque creo que aprendió algo de jazz, en fin, al final acabé perdiéndole la pista. Pero fuimos felices juntos, y cada vez que la recuerdo se me pone una sonrisa en los labios. Ella me llevó a hacer cosas que no me habría atrevido a hacer solo, y yo creo que a ella le di un por qué para hacer cosas que sin mí no habría tenido un motivo para hacerlas. Yo la ayudé a ver más allá de sí misma, ella me ayudó a mirarme más a mí mismo. Nos complementamos y nos hicimos mejores el uno al otro. Supongo que de eso trata el flamenco, y que de eso trata la vida. De cruzarte con gente que te enseña otras formas de verlo todo, te muestra su personalidad y acabas así incluso aprendiendo cosas de ti mismo que no sabías que tenías, o confiando en ti como antes no confiabas. Yo me llevé un poco de ella y ella un poco de mí. Eso es lo que pasa cuando te cruzas en la vida con alguien que te deja marca. En definitiva, con alguien que te importa.

En lo que me quedó de vida, canté como nunca, bebí, comí e hice el amor como nunca, y viví del aire como nunca. No tuve más preocupaciones. No me sentí solo.

Ojalá todo el mundo pudiera decir lo mismo.